

Después de haber habitado por largo tiempo dicha meseta de Pamir ó del Merou, las dos ramas aryanas se separaron: la primera de ellas, ó sea la oriental, emigró hacia la India; la segunda, ó la occidental, esparcióse por la Persia por direcciones distintas y casi opuestas.

«Las más antiguas tradiciones convergen en realidad hacia la altura ó meseta de Pamir como hacia un centro comun. Acaso algun día los etnógrafos lleguen á marcar sobre el mapa la ruta seguida por las razas humanas, en sus emigraciones desde el Asia central hacia las cuatro partes del mundo. El autor del Génesis casi no se ha ocupado mas que de las escursiones hacia el oeste, desde el Oxus hasta el Nilo; y de su cuadro geográfico parece resultar que los camitas abrieron la marcha, que los semitas les siguieron de muy cerca, y que los jafetitas, en virtud de la fuerza de expansion que les era propia, acabaron por poblar casi toda el Asia, la Europa y las islas de las naciones. Los aryas de la India y los de la Persia permanecerian por mas tiempo en posesion de su residencia primitiva, que no habrian abandonado hasta muy tarde, expulsados por las intemperies sobrevenidas en el clima. (¿No pudiera ser este acaso el período glacial?)

«Al abandonar su cuna comun, los noaquidas llevaron consigo el recuerdo de la misma en sus nuevas moradas.»

CAPÍTULO OCTAVO.

Antigüedad del hombre (continuacion).

Enseñanza de la Geología y de la Paleontología.

EPISODIO.

Séame permitido inaugurar esta discusion, acaso la parte más importante de mi libro, con una reseña histórica que ha venido á arrojar ya mucha luz sobre una cuestion fatal y voluntariamente envuelta en las tinieblas.

En el mes de agosto de 1871, el abate M. Richard, hidro-geólogo célebre, tuvo la amabilidad de acompañarme á Edimburgo, á donde yo iba para tomar parte en la reunion de la Asociacion Británica para el adelanto de las ciencias. Yo deseaba vivamente que mi amigo presentara él mismo á los geólogos y arqueólogos ingleses los silices labrados, históricos ciertamente, que habia encontrado al pié del Sinai, sobre las márgenes del Jordan, en Gálgala, y sobre todo en el sepulcro mismo de Josué, cuya version de los Setenta dice que fueron escondidos allí un gran número de cuchillos de piedra, que sirvieron para la circuncision hecha por órden de Dios en Gálgala. Dicha coleccion de silices era verdaderamente magnífica, y en ella hallábanse todos los tipos conocidos, sin excepcion alguna. Ellos fueron muy admirados, y el abate M. Richard aprovechóse de tal admiracion, para poner en guardia á los maestros de la ciencia nueva, que le es-

cuchaban á despecho de algunas ideas preconcebidas de las cuales estos se hacian los apóstoles.

«Si mis sílices históricos, dijo, se asemejan hasta el punto de confundirse con los sílices que se quiere considerar como esencialmente prehistóricos, yo pudiera sentirlo respecto de las ilusiones que esta coincidencia puede hacer desvanecer, pero la verdadera ciencia debe aceptar los hechos tales cuales son, y reconocer la identidad de los sílices históricos y de los sílices prehistóricos.

«Si yo he descubierto, no solamente en algunos terrenos recientes, sino aun en la faz del suelo, algunos sílices labrados que se creian característicos de los terrenos antiguos miocenos, pliocenos, cocenos y cuaternarios, no es por mi culpa, y forzoso será resignarse á renunciar á algunas conclusiones harto prematuras.

«En resumen, si los instrumentos encontrados por mí y expuestos á vuestra vista, contradijeran los juicios y las conclusiones de muchos de los respetables miembros de la Asociacion Británica, les pido perdon por ello, mas el antiguo adagio lo ha dicho: No hay nada más inexorable que los hechos.»

En realidad, el descubrimiento del abate M. Richard es un poderoso rayo de luz que disipa como por encanto las tinieblas acumuladas, como por antojo, para la defensa de una mala causa. Los sílices de Josué, cuya edad exacta sabemos, son probablemente más antiguos que los sílices de Abbeville ó de Saint-Acheul. La antigüedad asignada por M. Boucher de Perthes á su famosa quijada por lo mismo fuera un sueño.

La comunicacion del abate M. Richard fué calurosamente aplaudida, pero yo noté que ella dejaba algunos incrédulos ó mortificaba á los antropologistas, jefes de la nueva escuela, y creí que debía tomar la palabra á mi vez: hé aquí de qué manera me expresé:

«He empleado los nueve meses de deplorables y peligrosos ocios que el ejército prusiano y la Commune nos proporcionaron en París para estudiar á fondo la cuestion gra-

ve y solemne de la antigüedad indefinida ó muy remota del hombre, como demostrada por el descubrimiento de varios restos humanos ó de industria en el suelo, á profundidades más ó menos grandes. He leído detenidamente, ó más bien, estudiado con el mayor ahinco todo lo que se ha publicado sobre el asunto: las obras y las memorias de Sir Ch. Lyell, de Sir John Lubbock, del doctor Evans, de Prestwich, de Pengely, de Buchner, de Vogt, de Desor, de Mortillet y del abate Bourgeois, etc. Además, ya desde muchos años estaba del todo al corriente de cuanto se habia escrito sobre estas materias. Pues bien, yo me hago un deber como hombre honrado, como sabio y como cristiano, de declarar solemnemente, despues de este animoso y paciente estudio, que ninguno de los descubrimientos, que ninguno de los hechos, proclamados á menudo con mucho apasionamiento y artificio, tienen la importancia que se les atribuye. No solamente la existencia del hombre en las edades pliocena, eocena y miocena, como M. Evans ha afirmado ya con tanta autoridad, no se halla en manera alguna demostrada, sino que los terrenos cuaternarios en los cuales se han encontrado restos humanos ó restos de la industria humana son ciertamente terrenos de aluvion, terrenos de acarreo sobre vertientes, como lo afirma nuestro ilustre geólogo M. Elías de Beaumont; el suelo de las cavernas de estalacmitas, como la célebre caverna de Torquay, que tanto preocupa la atencion de la Asociacion Británica, fué removido por las aguas ó por otros agentes naturales, de tal suerte que las capas de limo primitivas, que fueron natural y primitivamente sobrepuestas á las estalacmitas, filtraron por debajo de las mismas, etc., etc.; y además la geología debiera permanecer enteramente ajena á la arqueología ó á la paleontología humana, puesto que su obra habia cesado cuando el hombre apareció sobre la tierra.

«Añadiré, suplicando que se me dispense mi exceso de libertad ó de osadía, que la cuestion de la antigüedad

del hombre en sus relaciones con la geología y la paleontología, se halla precisamente en el punto en que se hallaba dicha cuestión de antigüedad: en primer lugar, en sus relaciones con la historia de la astronomía india, tal como la presentaba el infortunado Bailly, en el momento en que Laplace desvaneció con una luz tan esplendorosa los delirios de su ilustre colega; en segundo lugar, en sus relaciones con el descubrimiento de los zodíacos de Denderah y de Esneh, sobre los cuales nuestro inmortal Champollion, émulo glorioso y continuador feliz de Tomás Young, legó el nombre de *César Autocrator*. El valor aparente de los argumentos en favor de la existencia del hombre de largos siglos antes de la época asignada por la Sagrada Biblia á la creación de Adán, época que por otra parte es imposible fijar y que puede hacerse remontar acaso á 8000 años, está hoy día en su máximo. Dicho valor irá menguando de día en día hasta quedar desvanecido. Entonces, y ese dichoso momento es anhelado, estoy cierto de ello, por los votos ardientes de la inmensa mayoría de la Asociación Británica y de los sabios de la Escocia, la ciencia pasando á ser oculta y verdadera, se hallará enteramente de acuerdo con la revelación, y la razón no se declarará por ello vencida, sino iluminada por la fé.

«Me hago un deber en declarar que no pretendo en manera alguna detener la ciencia en sus vuelos; je deo toda su libertad. La fé sincera no ha cesado jamás de decirle: Tú eres una hermana, crece y progresa sin cesar. Ninguno la ha amado más que yo, ni ha fomentado más sus adelantos. Yo le recuerdo solamente lo que le ha sucedido ya, y le profetizo lo que le sucederá todavía, es decir, que cuando ella habrá crecido bastante, que la luz se habrá hecho sobre ella enteramente, que habrá llegado al estado de ciencia completa, ella se hallará por sí misma en consonancia perfecta con la fé.»

Tengo á dicha el poder decir que estas palabras tan claras fueron coronadas de aplausos; ellas eran uno de los

objetos principales de mi viaje. Hubiera sido un gran pesar para mí el ver que el libre pensamiento se abría paso más y más en el seno de la Asociación Británica. Tengo á dicha todavía el consignar que mis predicciones, ó más modestamente mis presentimientos se realizaron, y que desde aquella época no solamente la geología y la paleontología no han suministrado argumento alguno nuevo en favor de la tésis absurda de la antigüedad desmedida del hombre, sino que el valor de los argumentos ha ido decayendo más y más. Tal es, así lo espero, lo que va á desprenderse claramente de los detalles á los cuales voy á descender.

CUESTION PRÉVIA.

Bien pudiéramos rehusar rotundamente la intervención de la geología y paleontología en una cuestión histórica en su fondo, y que estas dos ciencias son impotentes para resolver. El profesor M. Fraas de Stutgard, exclamaba muy poco há en pleno congreso internacional de arqueología y de antropología reunido en Bruselas (*Informes del congreso*, in 8.º pág. 455): «El abate M. Bourgeois y M. Cartailhac han hablado de sílices cuaternarios. Ese lenguaje me extraña. ¿Esa es una expresión geológica? Cuando se habla de terciario, de mioceno, de plioceno y de cuaternario, tratase sin duda de la época en la cual las capas de la tierra formáronse en el fondo del mar y de los lagos, allí donde el hombre no podía habitar. Preciso es no confundir la formación de las capas con los fenómenos que se produjeron cuando la corteza terrestre hubo sido ya formada.» Estas breves líneas dicen más que largos discursos.

Nuestros adversarios mismos convienen en ello: una ciencia que aspira á formular unas consecuencias irrefutables, debe hallarse fundada necesariamente sobre principios matemáticos. Pues bien, la geología carece por completo de tales principios. ¿Como abrigará, pues,

la pretension de afirmar una edad absoluta, cuando la edad relativa misma sustráese á su accion casi en todas partes, cuando el principal objeto de sus estudios es atestiguar las revoluciones ó las alteraciones profundas é incesantes del globo? Ya lo dejamos probado sobradamente: la geología no es en manera alguna una ciencia exacta; ella no tiene nada de cierto; no hay ninguna de sus afirmaciones que no sea desmentida y anulada por una negacion del mismo valor. Es, además, una ciencia esencialmente variable y movetiza, como los terrenos que forman su dominio. Ofrece fases muy diversas, pudiendo afirmar por nuestra parte que ha tenido igualmente sus tres edades. En la edad primera, los fósiles son considerados como unas pruebas incontestables del diluvio; la ciencia y la Biblia hállanse hasta aquí de acuerdo. En la edad segunda, la geología reclama respecto de la formacion del globo unas edades incompatibles con los seis dias del Génesis; aquí la Biblia y la ciencia están en oposicion. La edad tercera es de nuevo un período de concordancia y de paz; la teología renuncia á encontrar en la geología la confirmacion bíblica; conténtase con atestiguar que la Biblia y la ciencia no se hallan en contradiccion en manera alguna, ya que los seis dias de la creacion pueden ser unos períodos de tiempo indefinidos. Los límites de los dos dominios de la teología y de la geología están claramente deslindados, ambas ciencias pueden marchar una al lado de la otra, cada cual por su camino.

Lo mismo sucede respecto de la paleontología del género humano: edad de confirmacion, Cuvier y Buckland; edad de discordancia, la antropología naciente; pronto vendrá la edad de neutralidad, en la cual los paleontólogos cesarán de oponer su ciencia á las enseñanzas de la revelacion. Si no me hago una ilusion, yo habré contribuido á destruir hasta las apariencias de una discordancia ó de una oposicion mútua.

ESTADO DE LA CUESTION.

Ella fué ya claramente planteada en el capítulo cuarto de la presente obra; ahora me bastará reasumirla en algunas palabras. Despues de haber adquirido á pesar suyo la certeza de que la historia y la arqueología no confirman de ningun modo la antigüedad fabulosa que habia soñado respecto de la humanidad, la falsa ciencia ha apelado á la geología y paleontología, las cuales le hubieran suministrado, tal es la asercion de Buchner y de Vogt, páginas 354 y 356, la demostracion cabal que ella buscaba. «La antigüedad del hombre es *inmensa* y excede de mucho á todos los cálculos que se hicieron hasta aquí; los *seis ó diez mil años* de la revelacion, no eson por decirlo así, mas que una gota del tiempo trascurrido desde la aparicion del hombre sobre el suelo europeo... Dichos descubrimientos son debidos al *método geológico*, aplicado al estudio de los restos del hombre y de los animales que le rodeaban, sepultados en la capa llamada *diluvium*!» Método geológico! Ahora veremos que ese método es más importante todavía que el método histórico para conceder al hombre una antigüedad indefinida. Entre tanto, tomemos acta de la ignorancia y ligereza de nuestros audaces doctores. Quien dice *diluvium*, dice la última capa del glovo terrestre, el término de la geología, la época cuaternaria ó reciente. Si los restos del hombre y de los animales que rodean al hombre solo se encuentran en el *diluvium*, es porque ellos se hallan fuera de la geología y son posteriores á la geología.

A juzgar tambien por las afirmaciones de MM. Buchner y Vogt, las conquistas del método geológico serian uno de los más bellos timbres de gloria de los sabios de nuestros dias. Eso es otra mentira que es urgente confundir. Trátase del descubrimiento más ó menos fortuito de piedras labradas, de osamentas de animales, de cráneos ó de esqueletos humanos ocultos en algunos terrenos más ó

menos fijos, cuyo origen ó el tiempo de depósito son desconocidos, y de averiguar por la existencia de dichos restos la antigüedad indefinida de los séres de los cuales ellos dimanar. Pues bien, conste aquí desde luego que, al menos tocante á los sílices labrados, tales descubrimientos fueron hechos en los siglos anteriores, y que la geología, ciencia nacida en nuestro siglo, en el fondo nada ha venido á añadir á los mismos.

En los autores griegos y latinos, Herodoto, Hesíodo, Ennio, Tito-Livio, Lucrecio, Horacio, etc., etc., hállanse algunos pasajes que manifiestan con mucha claridad que las armas de diversos pueblos antiguos estaban hechas de piedra. Recordamos solamente á Lucrecio.

*Arma antiqua manus, unguis, dentesque fuerunt,
Et lapides....*

(*De rerum naturâ, V. 1282.*)

Estos son unos verdaderos testimonios históricos, unas tradiciones ciertas. Los pueblos de los sílices pertenecen, pues, á la historia y no á la geología. Esas armas y esos instrumentos de piedra, despues de haber servido en la superficie de la tierra, pudieron, segun la ley comun, haber sido sepultados más ó menos profundamente, por mil causas naturales ó accidentales; más por ello no dejan de ser menos sílices históricos. Además, es un hecho incontestable que aun hoy existen en la superficie del suelo todos los restos de industria humana que son encontrados á profundidades más ó menos grandes. Pues bien, si el enterramiento tiende á darles una antigüedad indefinida, en cambio su presencia en la superficie del suelo los vuelve forzosamente á su verdadera naturaleza de objetos relativamente recientes ó poseológicos.

Resumiendo á todos los historiadores, el presidente Gouget decia ya en el siglo último (*Origen de las leyes*, tom. I, pág. 233): «Toda la antigüedad hállase conteste en decir que hubo un tiempo en que muchos pueblos ignoraban por completo el uso de los metales. Entre dichos pueblos, las piedras y los guijarros servian... para todos aquellos

usos respecto de los cuales las naciones civilizadas emplean hoy dia los metales...» Un erudito, Mercati, cuya obra póstuma, *La Metaloteca*, fué publicada á expensas del soberano Pontífice Clemente XI, afirma ya el origen terrestre de los sílices y de las ceramitas, y su utilización por el hombre. «Aquellos que han estudiado la historia, dice él hablando de los sílices labrados, piensan que esos objetos fueron desprendidos por medio de un choque de guijarros muy duros para servir en las locuras de la guerra. Los más antiguos de los hombres usaron en efecto á guisa de cuchillos hojas de sílice (página «244). No habia entonces hierro alguno que deslustrara los ojos; barcos y viviendas, todo era construido con piedras aguzadas.» Los antropologistas modernos véense forzados á reconocer que Mercati les ha aventajado de dos siglos, y que en realidad, ellos nada han añadido á los descubrimientos de éste mas que el número. «Al leer dicho capítulo, dice M. Hamy (*Compendio de paleontología humana*, pág. 17), solo se siente una cosa, y es que él haya debido esperar para ver la luz que la munificencia de un papa amigo de las ciencias viniera á sacarlo del polvo de la biblioteca del Vaticano.» Mas, apenas el jóven sabio acaba de rendir ese tributo de homenaje á la verdad, cuando ya cede á las prevenciones antehistóricas de su escuela. «Mercati, dice Hamy, se esforzó por ajustar su descubrimiento á la cronología de la Biblia, colocando su edad de piedra entre Adán y Tubalcain.» Si se remontó tan arriba Mercati, fué demasiado generoso. Hubiera podido, como hizo más tarde el presidente Gouget, y como lo exigen los últimos datos de la ciencia, trasladar la edad de piedra despues del diluvio, despues de la confusion de las lenguas y de la dispersion.

Lo que habian hecho Mercati y Gouget, un célebre académico lo hizo de un modo más solemne todavía. Unaleccion de armas de piedra, hachas, cuños, puntas de flechas, etc., traídos del Canadá y de las islas Caraihes en 1723, pusieron á Lorenzo de Jussieu sobre la via de la

interpretacion verdadera de las pretendidas ceraunitas, ó piedras de rayo, induciéndole á conjeturar que nuestro continente habia sido habitado por salvajes. «Las mismas necesidades, decia él, la misma penuria de hierro, hubieran impuesto la misma industria. Sus útiles, siendo ya inútiles más tarde, fueron sepultados en gran cantidad en el suelo, y hé aquí las piedras caídas del cielo con el rayo.»

Está visto pues; la escuela geológica ó antropológica moderna nada ha inventado; no ha hecho otra cosa que dar á algunos hechos desde largo tiempo conocidos, una importancia exagerada, una significacion mentirosa.

Puesto que, por confesion de todos, un problema bien planteado es un problema resuelto, recordemos aquí con qué rara maestría un jóven arqueólogo de Tolosa, M. Felix de Luzeñon, trata la cuestion de la antigüedad del hombre, juzgada bajo el punto de vista de la arqueologia y geologia.

1.º Bajo algunas capas de cascajo ó de arena supuestas geológicas ó diluvianas, y que pudieran ser muy bien, y que no son en realidad mas que aluviones, depósitos fluviales, en casos por otra parte muy raros, se han encontrado algunas osamentas humanas, y junto á ellas algunos vestigios de la industria humana: *hachas de piedra, cuchillos de sílice, puntas de flechas de hueso, fragmentos de objetos de barro grosero de una pasta negruzca cuarzo-granulosa, etc.*

2.º En algunas cavernas naturales, debajo del glacis estalacmítico que cubre el suelo, y cuyas concreciones calcáreas aumentan cada día su espesor, encuéntranse con bastante frecuencia osamentas humanas mezcladas con vestigios de la industria humana: *hachas de piedra, cuchillos de sílice, puntas de flecha de hueso, pequeñas rodellas horadadas, fragmentos de objetos de barro grosero de pasta cuarzo-granulosa.*

3.º Por último, debajo de la tabla ó capa de los dólmenes, desembarazando la tierra que llena más ó menos su

cella, descúbrense siempre, ó casi siempre, osamentas humanas, y junto á ellas vestigios de la industria humana: *hachas de piedra, cuchillos de sílice, puntas de hueso, rodellas horadadas, objetos de un barro negruzco de pasta cuarzo-granulosa.*

Una uniformidad de descubrimientos tan sorprendente, una similitud tan perfecta en la naturaleza de los objetos encontrados en el seno de estas tres clases de lechos, ¿no revela acaso respecto de su conjunto el mismo grado de civilizacion, ó si se quiere, de salvajismo (primitivismo), una contemporaneidad verdadera? Si bien es verdad que los dólmenes distínguense de los demás lechos por una manifestacion más patente de la accion del hombre, por un surtido más completo de los restos de su cuerpo y de las muestras de su industria; si ellos indican con mayor claridad los primeros pasos de un pueblo que ocupa un lugar en la historia, no es menos cierto igualmente que ellos adquieren por la misma razon una fecha cierta respecto de todo aquello que tiene una íntima analogia con ellos. Pues bien, ¿cuál es la edad de los dólmenes? Los unos los atribuyen á los galos, los otros á los celtas, algunos á una raza anterior, los *Protoceitas*; pero nadie ha intentado aun hacer de ellos unos monumentos antidiluvianos; ellos son incontestablemente *posdiluvianos*, y se hallan completamente fuera de la geología; fueron construidos mucho tiempo despues que la tierra hubo recibido su forma última, etc. Luego la *habitacion* de las cavernas, luego la *ocupacion* por los restos del hombre y los vestigios de su industria de capas más ó menos profundas, luego todo aquello que hace entrar las reliquias encerradas en los flancos de los dólmenes, es tambien necesariamente posdiluviano, hállese fuera de la geología, colocada en los confines de la historia. En una palabra la continuidad, la identidad de los testimonios atestiguan invenciblemente la contemporaneidad y la continuidad de existencia en los tiempos históricos, ó en los tiempos inmediatos á la historia de los seres humanos, á los cuales perte-

necen dichas osamentas ó dichos restos de la industria.

Hé aquí, á nuestro parecer, la cuestion claramente planteada y claramente resuelta. Restáranos solo dar un paso más, y ese paso lo daremos muy en breve con M. Miguel de Rossi, y fuera el averiguar la habitacion y el nombre verdadero, el nombre histórico de los hombres á los cuales pertenecen esos restos, esos vestigios de industria humana.

Empero, penetremos ahora en lo más intrincado de la cuestion y considerémosla alternativamente sobre todos sus aspectos: las obras humanas, las edades de la humanidad, los terrenos donde se hallan sepultados los restos del hombre y de la industria humana, los animales contemporáneos del hombre, etc.

TESTIMONIOS DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE.

Las obras humanas.—Los sílices labrados.—En el primer rango de las obras humanas, testimonios de la antigüedad del hombre, preciso es colocar las piedras labradas ó modeladas. «Parece fuera de duda que en un período muy remoto y sobre todos los puntos del globo, así en el antiguo continente como en el Nuevo-Mundo, dice M. Eugenio Robert, el hombre echó mano de las piedras síliceas para hacerse con ellas instrumentos de toda clase. Tales piedras no tenían más que un defecto: el de quebrarse con bastante facilidad; empero bastaba con agacharse para recogerlas nuevas, propias para ser labradas. No había más que golpear dos guijarros, uno contra otro, para obtener con la misma rapidez que la palabra, tan pronto hachas ó rompe-cabezas, tan pronto dardos ó puntas de flechas asaz agudas para abatir á los animales salvajes más robustos, tales como el jabalí, tan pronto finalmente unos pedazos extraños en forma de hojas de cuchillo, trinchetes y raspadores. En todas partes los hombres han sabido escoger con una rara sagacidad aquellas materias, las únicas que, á escepcion de los metales, reúnen

en el más alto grado las tres condiciones esenciales del buen uso y de la duracion de los instrumentos que fabrican, la densidad, la dureza y la tenacidad.»

Donde quiera que han sido buscados con cuidado, lo mismo en Europa que en Asia, en Africa y en América, háñse encontrado sílices labrados de mano de hombre, y casi siempre cerca de fuentes ó de oasis, en los cuales el hombre hallaba bajo su mano el agua necesaria para su sustento. Los ricos museos de Inglaterra encierran hoy instrumentos de piedra procedentes de todos los puntos del horizonte. Esa universalidad á su vez no es por ventura una prueba más de la unidad de la especie humana?

Los sílices que se encuentran en todas partes son de tres clases: *sílices naturales ó desprendidos* sin intervencion de la mano del hombre, *sílices labrados*, no *pulidos*, *sílices labrados y pulidos*.

Sílices desprendidos.—Háse experimentado que algunos guijarros expuestos á ciertas influencias atmosféricas ó físicas, por ejemplo, los frios excesivos, un calor intenso, una dilatacion ó una compresion repentina, acaso una descarga eléctrica, estallan en hojas muy cortantes, algunas de las cuales asemejanse, hasta el punto de ser confundidas con ellos, á los sílices labrados por una mano hábil ó lista. MM. Desor y Escher han observado en el desierto de Sahara un gran número de sílices angulosos y agudos de formacion ciertamente accidental; algunas veces los fragmentos, apenas desprendidos, hallábanse todavía en presencia unos de otros. M. Escher ha supuesto que dichos sílices habíanse dividido ó hallábanse en vías de dividirse, bajo la influencia de los rayos solares; M. Franc al viajar por Egipto, vió una mañana, poco despues de haber empezado el sol á lanzar sus rayos, un casco ó trozo de sílice casi redondo desgajarse con estruendo de una masa de la misma naturaleza. «Ya anteriormente, dice él, habia visto mil veces en el suelo, en el desierto y más tarde en las riberas del Nilo, sílices reventados de forma lisa y redondeada, y pude convencerme

por mis propios ojos y oídos, de que el sol era la causa de todo ello.» Livingston oyó los estallidos de algunas piedras al oeste del lago de Nyssa. El doctor M. Wetzstein vió y oyó, al oeste de Damasco, varios basaltos estallar bajo la influencia del fresco de la mañana (M. Favre en los *Archivos* de Ginebra, 1870); M. F. C. Jukes, en los *Reliquary*, tom. VIII, pág. 308, cita un ejemplo de un sílice reventado, encontrado cerca de un poste-señal, herido por el rayo.

¿Y acaso no es la convicción de que ellos podían ser el resultado de una herida del rayo lo que motivó que los sílices labrados hayan sido llamados por tan largo tiempo *piedras de rayo ó ceravnitas*? Háñse citado con frecuencia estos versos de un poeta del siglo XVI:

*Cum tonat horrendum, cum fulminat igneus aether,
Nubibus illisus caelo cadit ille lapillus,
Cujus abud Graecis extat de fulmine nomen.
Illis quippe locis quos constat fulmine tactos,
Ille lapis tantum reperiri posse pulatur,
Unde ceravnios ex graeco nomine dictus,
Nam quod nos fulmen graece dicit ceravnium.*
(MARBODEI GALLI *Dactylotheca*. Basileae. 1555, in 8.º, p. 32.)

Mientras se espera que se hagan algunos experimentos directos sobre el reventamiento de los sílices por la descarga eléctrica ó por la acción de un calor intenso, y que se oblanga así directamente sílices reventados de formas semejantes á aquellos que se encuentran en la superficie ó en las entrañas del suelo, consignemos que el sílice desprendido ó quebrado ofrece á menudo las figuras más extrañas. Muy recientemente M. Victor Chatel de Valcongrain me remitió la fotografía de algunos sílices reventados, reproduciendo algunos perfiles ó lineamientos humanos que parecían haber sido esculpidos intencionalmente. M. Boucher de Perthes ha descrito, en sus *Antigüedades célticas*, bajo este título general: *El arte humano en la edad de piedra*, y bajo los títulos particulares de:

figura humana, ave nadadora, pez volador, etc., algunos sílices que solo son obras humanas en la imaginación exaltada del malicioso coleccionador. Encuéntrese en todas partes, entre los residuos de sílice, creta de formas extrañas; cite mos las que tenemos á nuestra vista en este momento: un corazón con sus arterias, un pié y un brazo, que son incontestablemente caprichos de la naturaleza ó el efecto de diversas causas accidentales. Finalmente, M. Eugenio Robert no teme afirmar que aquello que ha sido apellidado á menudo talleres de armas de piedra, son simplemente antiguos obradores de fabricación de piedras de fusil. M. Mortillet, tomando pié de ciertas exageraciones por el estilo de las de M. Boucher de Perthes, recordaba una espresion chistosa salida de los labios del célebre mineralogista Dufrenoy: «¿Veis, decía á uno de sus colegas de la Academia poco tiempo antes de su muerte, estos pequeños fragmentos naturales de sílice? Pues bien, un día ciertamente alguien pretenderá que son sílices labrados por el hombre.» (*Materiales que pueden servir para la historia del hombre*, tomo 1.º, pág. 167.) M. Mortillet, aquel que ha exagerado acaso más la antigüedad del hombre inferida de los sílices, no ha vacilado (tom. IV, pág. 11) en declarar que ciertos raspadores traídos del Cabo de Buena-Esperanza no eran más que unas formas accidentales. El mismo dijo, en un momento de distracción sin duda, que los fragmentos de sílice de Thenay provenían del *desprendimiento* por fuego. (*Paseos por el museo de Saint-Germain*, página 77.)

Sílices simplemente labrados.—Los sílices labrados que se encuentran en los depósitos de aluvión ó arenales de los ríos, las hulleras, los montones de restos de objetos de cocina, los despojos desenterrados por los ventisqueros, las ciudades lacustres, los dólmenes, las sepulturas, etc., han adquirido formas muy diversas de raspadores, rastrillos, puntas de flechas, hachas, cuchillos, martillos, morteros, manos de almirez, etc., etc. Muchos de dichos objetos están acribillados de ciertos agujeros

que servían para poner los mangos, etc. En general, los sílices antiguos, cuya autenticidad es cierta, presentan una superficie vidriosa que contrasta con el aspecto terso de las quebraduras recientes. Hállanse cubiertos de un película blanquizca ó pátina, y algunas veces de cristalizaciones arborescentes ó dentritas, formando unos dibujos muy delicados, de un color pardo oscuro. A menudo toman el tinte de los terrenos en que han permanecido. La pátina, sin embargo, no constituye en manera alguna un testimonio absolutamente cierto de antigüedad. M. Mariette ha atestiguado este hecho singular: los sílices de Bab-el-Molouk, cuando son recogidos en la superficie del suelo, no contienen pátina alguna; una vez depositados en los escaparates del museo de Boulag cúbrense de una especie de sudor, y después de su desecación, quedan como con un barniz de un aspecto lustruso. La ausencia de dentritas no puede considerarse como un indicio de edad reciente, así como su presencia no basta tampoco para restablecer la elevada antigüedad «de los objetos, sílices ó fósiles, en los cuales aquellas se muestran.»—«Yo mismo, dice M. Huxley (*Lugar del hombre en la naturaleza*, pág. 279), he notado sobre un papel que no podía tener más de un año de fecha depósitos dendríticos que no era posible distinguir de los de las osamentas fósiles. Así yo poseo un cráneo de perro que procede de una colonia romana, en las inmediaciones de Hiddersheim (*Castrum Hadrianum*), que no puede ser distinguido de ningún modo de los fósiles de la caverna de Frankirch. Dicho cráneo ostenta el mismo color y se adhiere á la lengua exactamente como ellos. Por eso, en los casos dudosos, la condición de los huesos apenas puede ofrecer el medio de cerciorarse de si ellos son fósiles, es decir, si tienen una antigüedad geológica, ó si pertenecen al período histórico.» Esas observaciones tienen una importancia inmensa; ellas bastan por sí solas para reducir á la nada todas las pretendidas pruebas respecto de la antigüedad indefinida del hombre.

Algunos sílices labrados antiguos subsisten intactos, otros hállanse consumidos, redondeados, deteriorados, desqueñados y rotos. M. Evans ha demostrado por la experiencia ó por el hecho, que ellos pudieron ser labrados con el auxilio de martillos ó de guijarros percusores.

Sílices pulidas. Piedras pulidas.—Las piedras pulidas son aquellas que están mejor trabajadas, bien sea por esplosiones repetidas, ó bien fueron pulidas por una operación larga y penosa. Tienen ordinariamente la forma de hachas á manera de almendra, ó de lenguas de gato más ó menos prolongadas. Están fabricadas, tan pronto con las piedras duras de la localidad, tan pronto con materias extrañas ó exóticas más duras, el jade, la diorita, la serpentina, etc. Algunas fueron labradas sobre el mismo lugar; otras han sido traídas por algunos extranjeros que hacían con ellos una especie de comercio. Conforme dijimos ya, los antiguos las apellidaban ceránitas, piedras de rayo, por suponerse que caían enteramente formadas del cielo. Dichas piedras tenían una especie de carácter religioso y figuraban en ciertos ritos misteriosos; eran consideradas igualmente como unos talismanes ó amuletos que libraban del rayo, preservaban de naufragios y hacían ganar procesos; y servían, por último, de remedios supersticiosos, de adornos que se llevaban al cuello, de insignias de mando exclusivamente reservadas para los jefes, etc. Encuéntranse algunas en España en los sepulcros de los godos, las cuales ciertamente no servían de hachas, ni de puntas de lanzas, ni de puntas de flechas. No cabe dudar, además, de que los pueblos prehistóricos hayan tenido algunos medios de comercio y de permutas en países lejanos. Hállanse varias hachas de jasper, de roca trapeana ó volcánica, de diorita, de obsidiana, etc., etc., allí donde estos minerales no existían. (Mortillet, tomo XVIII, pág. 93). Las nueve décimas partes de los sílices labrados de la isla de Elba están compuestos de un mineral absolutamente desconocido en la isla. Encuéntrese en ella hasta la obsidiana

que debió venir de Nápoles. M. Roulin, de la Academia de ciencias, descubrió asimismo entre los ríandios, hordas salvajes de América que hacen uso todavía de sílices labrados, la existencia de un comercio de piedras de fuego ó pedernales.

Los sílices reventados, que no revelan invenciblemente un trabajo humano, tampoco revelan por la misma razón la existencia del hombre en una época muy remota. Y como dichos sílices son los únicos que se encuentra en algunos terrenos y en apariencia depositados sobre el mismo lugar, y no traídos de lejos, en unos terrenos, los cuales uno siéntese inclinado á calificar de terrenos geológicos, terciario, mioceno ó plioceno, resulta de ello que la existencia del hombre geológico ó terciario, del hombre verdaderamente fósil, no se halla de ningún modo demostrada.

Los sílices labrados, obras verdaderamente humanas, pero que, como diremos luego, son á la vez prehistóricas, históricas y contemporáneas, no constituyen de ningún modo un testimonio de una antigüedad más ó menos remota, ó más ó menos reciente. Ellos no hablan más que por los terrenos, las capas del globo terrestre ó los lechos en los cuales se les ha encontrado. Y puesto que no se les ha encontrado jamás en capas incontestablemente geológicas, no es posible en manera alguna considerar como afirmada por ellos la existencia del hombre en los tiempos geológicos ó del hombre fósil. MM. Dumoulin y Gourgeux, de la Dordogne, declaran que están haciendo investigaciones y estudios, desde treinta y cinco años á esta parte, sin haber encontrado un sílice siquiera trabajado por la mano del hombre en terrenos no removidos por la mano del hombre ó por las fuerzas naturales. (Morillet, *Materiales*, tom. 1.º, pág. 140.) Además, por lo mismo que un terreno ha sido removido, la edad absoluta ó relativa del depósito de los objetos que encierra, ha venido á ser incierta ó indeterminada, á menos que la fecha misma del removimiento sea conocida, resultando de ahí

que no es posible pedir dicha edad á los sílices labrados, sin incurrir en una inconsecuencia evidente y en un desatino.

Todos los sílices labrados que fueron descubiertos á grandes profundidades, por ejemplo en los arenales de Saint-Acheul y de Abbeville, fueron encontrados igualmente en la superficie del suelo y en algunas sepulturas históricas ó casi históricas, sobre una infinidad de puntos, en todas las regiones del globo. La presencia exclusiva de los sílices á una gran profundidad, si solo se tratara de terrenos removidos ó trasportados, revelaría acaso una antigüedad más ó menos remota, mas su presencia en la superficie del suelo revela invenciblemente una fecha histórica ó casi histórica. Por otra parte, respecto de un objeto sólido y pesado, el penetrar en el suelo y el hundirse en él mas ó menos, con ó sin auxilio, el ser arrastrado al fondo de alguna cavidad abierta mas tarde por las aguas torrenciales, es un efecto meramente natural, dado que todo aquello que cae en algun terreno movedizo ó de acarreo reblandecido periódicamente, tiene una tendencia á descender. Por el contrario, el salir de las profundidades del suelo y el volver á la superficie es una operación contra la naturaleza, que no puede ser más que el resultado de una intervencion voluntaria ó accidental, de la cual fuera menester ante todo atestiguar la realidad, la fecha, etc. De ahí desprende evidentemente, que la edad real de los sílices es revelada, no precisamente por su presencia á profundidades más ó menos considerables, sino por las condiciones de su presencia en la superficie del suelo; y esta consideracion por demás sencilla basta por sí sola para reducir á la nada la significacion ó la importancia que se les ha atribuido. Ellos no son de ninguna manera geológicos, es decir, terciarios, miocenos, eocenos, pliocenos ó cuaternarios, sino prehistóricos ó históricos. ¡Cuánta elocuencia en este simple cotejo hecho por M. Eugenio Robert (*Los Mundos*, entrega de 31 de Junio de 1872): «En Precy-sur-Oise, lo mismo que en

Saint-Acheul, sobre las orillas del Somme, dice él, hay una gran profusion de instrumentos de piedra y de restos de grandes paquidermos, con la diferencia esencial de que en Precy las piedras trabajadas hállanse únicamente en la superficie del suelo, y en Saint-Acheul están á profundidades más ó menos grandes, confundidas con las osamentas fósiles.»

Al paso que son prehistóricos, los sílices labrados son también históricos. Léese en el *Exodo*, cap. IV, v. 25, que Séfora tomó una piedra muy puntiaguda para circuncidar á su hijo. Leemos asimismo, en el libro de Josué, que Dios le ordenó fabricar cuchillos de piedra para circuncidar por segunda vez á los hijos de Israel, en Gálgala, sobre las orillas del Jordan. La version de los Setenta afirma que un gran número de aquellos cuchillos fueron arrojados en el sepulcro de Josué. Ya hemos visto, que á petición mía, el abate M. Richard, el célebre hidro-geólogo, fué á Gálgala y al sepulcro de Josué en busca de dichos instrumentos de piedra, que encontró allí en gran número y que luego pudo mostrar á todos los arqueólogos de Francia é Inglaterra. El abate M. Richard halló al mismo tiempo en la superficie del suelo una piedra en forma de lengua de gato, absolutamente idéntica á las de Saint-Acheul, que, según se decía, solo existían á muy grandes profundidades. Hé aquí, pues, unos sílices labrados en una época plenamente histórica, y encontrados en algunos sepuleros. Yo he osado decir ya, que los sílices de Moisés y de Josué son más antiguos que los harto famosos sílices de Saint-Acheul, ó de las cavernas de la Dordogne, que han hecho atribuir al hombre una antigüedad de cien mil años. Los sílices ó pedernales son por lo tanto unos testimonios muy malos, y la loca preocupación que han engendrado pasará infaliblemente tarde ó temprano.

No es dudoso que el cincel con el cual Job anhelaba que sus palabras fueran grabadas sobre la piedra dura: *Stylo*

ferreo in plumbi lamina, vel cæte sculptantur in silice, c. XIX v. 24. «pluguiera á Dios que ellas fueran grabadas con un punzon de hierro sobre una plancha, ó sobre el pedernal con el cincel,» no es dudoso, repito, que dichos cinceles fueren unos utensilios de piedra. Es asimismo infinitamente probable que los egipcios se servían de sílices para grabar sus jeroglíficos; el hierro y el bronce no hubieran sido asaz duros para aquel trabajo. Sabíase, ó al menos sospechábase ya, que las figuras finas y delicadas, diseñadas por los mejicanos, habían sido ejecutadas con algunos instrumentos de piedra.

En su notable obra, *Estudios sobre la antigüedad histórica, según las fuentes egipcias y los monumentos reputados prehistóricos*, M. Chabas (pág. 328 y siguientes) atestigua que el empleo de armas y de instrumentos de piedra aparece en todas las épocas de la historia. «El Egipto histórico no sólo hizo uso del pedernal bajo la forma de instrumentos perfeccionados; además nos presenta acá y acullá, en las cercanías de las ciudades, varias escavaciones practicadas en las rocas, en las necrópolis, etc., en torno y en el interior de las urnas funerarias, toda clase de pedernales reventados, labrados, ó no, que se encuentran en Francia ó en otros puntos, en algunas estaciones dichas de la edad de piedra, hachuelas, cuchillos, taladros, martillos, raspadores, flechas, etc.» Dichos instrumentos, conforme ha atestiguado M. Mariette, abundan mas todavía en la época de los Lágides y de los Romanos, al menos en lo que concierne á los sepuleros que en las antiguas épocas; únicamente el trabajo del pedernal es siempre menos esmerado. «Los instrumentos más perfectos son los más antiguos, dice él, al paso que los exploradores de las estaciones de la edad de piedra admiten generalmente lo grosero del trabajo como un carácter de antigüedad.» De varias observaciones hechas en el Sinaí, resulta que el pedernal fué empleado para practicar unas inmensas escavaciones de donde se estraián turquesas. «Está, pues, fuera de duda, dice lord John Keat

en su libro (*The Peninsula of Sinai. The leisure hour* 1870, pág. 423 y sig.), que dichas minas fueron abiertas en la roca viva con cinceles de pedernal exclusivamente. Nosotros descubrimos en el sala de la casa exterior los instrumentos que sirvieron para abrirlos... Considero como un hecho notabilísimo el que un pueblo tan esperto en la fundición del cobre explotara el mineral con herramientas de pedernal. Golpeábase con mazas de madera sobre los escoplos de pedernal para hacer despegar las tarqueas, y la roca desgajada era quebrada y desmenuzada con martillos de piedra. Dichos cinceles ó escoplos consisten en unos pedernales de varios cortes longitudinales, todos los cuales rematan en una punta medianamente aguda. Con esa clase de utensilios puede labrarse con facilidad las piedras de poca consistencia, tales como el calcáreo, la piedra arenisca ó asperon, etc. Con tal medio puede igualmente romper el granito. En las viviendas de los mineros hanse descubierto flechas de pedernal en forma de hojas, de un trabajo perfecto, puntas de lanza, un gran número de cascós y de escoplos, todo ello de pedernal, martillos de piedra, etc. Si varias inscripciones no suministraran algunas pruebas indiscutibles de que los establecimientos del Sinai pertenecen á la época histórica, ¿cuán fácil sería atribuirlos á la edad dicha de la piedra? Utensilios y armas de piedra y de madera, adornos groseros, tales como conchas taladradas, por habitaciones piedras colocadas sin mortero, por alimentación especies que ya no existen en la localidad, ni un átomo siquiera de metal. Nada falta al cuadro! Afortunadamente no hay en él lugar alguno para los innovadores. La época más activa de la explotación data de la duodécima dinastía, en el siglo XVII antes de Jesucristo. Y cuenta que dichas estaciones fueron ocupadas por un pueblo que por más de 1000 años conocía todos los metales, y poseía todos los hábitos de un lujo fomentado por la riqueza.» M. Chabas añade: «El modo primitivo de explotación de las minas del Sinai, hallábase ya en uso

en las minas de cobre de Campiglio, en Toscana, abiertas en la época etrusca, y en las minas de cobre al pié de Asturias, etc., etc.; dicho sistema está aun en vigor en las minas de cobre del lago Mayor, explotadas por los indios de Tejas.» (Simonin, *La vida subterránea*, pág. 173 y siguientes.)

Prescindiendo del Egipto, Herodoto dice que los arguros europeos que militaban en el ejército de Jerges, en el año 470 antes de Jesucristo, usaban flechas cortas de madera, que se encuentra todavía en los campos de Maraton. Tácito da por armas á los germanos flechas de piedra y hueso. Hállanse en Normandía, en el Sena-Inferior, hachuelos, cuchillos de piedra y puntas de flecha, labradas ciertamente por los celtas y los galos, en un período ya histórico respecto de otros pueblos, acaso prehistóricos respecto de la Normandía. En el campo del Hastedon, cerca de Namur, que, según se cree, fué el campo de los Atuáticos, atacado por César, hanse encontrado, junto con varias medallas romanas de Vespasiano, Domiciano, Nerwa y Marco-Aurelio, algunos objetos de alfarería y grandes cantidades de pedernal de todas clases: machetes, cortantes, cuchillos, puntas de flecha ó de lanza, hachas en bruto y pulidas. El marqués de Vibraye no ha temido afirmar que los talleres de Pressigny-le-Grand pertenecen á la época de los celtas. El abate M. Cochet atribuye á los celtas y á los galos la estacion de los Marettes, cerca de Friouville, donde se ha encontrado un arsenal completo de flechas, cuchillos y diversos instrumentos de piedra. En la antigua explotación de las minas de estaño, en Ville-du-Pin, cerca de Ploermel, encuéntranse hachas de piedra juntamente con hachas de bronce, fragmentos de teja, etc. Lo mismo acontece en Pennestien (en breton *Pen-Stain*, punta del estaño), en la embocadura del Vilaine y del Loire, sobre la orilla misma del Océano. Los fenicios iban hasta allí á buscar el estaño necesario para la elaboracion del bronce; y, coincidencia muy significativa, el nombre breton que sirve para designar el estaño,

existe más ó menos manifiesto en todas las lenguas, *stein, stain, stein, stannum*.

Ennio habla de pedernales, empleados para cortar los velos. Tito Livio, al referir los ritos que precedieron al combate de los Horacios, habla de una víctima herida con un cuchillo de pedernal. Herodoto deja presumir que la piedra de Etiopía desempeñaba un papel muy importante en los embalsamamientos sagrados de los egipcios.

Empero, no es esto todo; de la misma manera que ellos son prehistóricos ó históricos, los pedernales labrados, pulidos ó no pulidos, son unas obras humanas modernas, ó aun contemporáneas. Al mismo tiempo que se descubría, en los sepulcros de los antiguos habitantes del Perú, una infinidad de utensilios de piedra, los viajeros atestiguaban que muchas de las tribus salvajes de la América y del Asia, los esquimales, los australianos, los polinesios, los lapones, los tchutchés y los patagones se sirven de ellos todavía al presente. Preparan las piedras y las aguzan frotándolas sobre un asperón; á fuerza de tiempo y de paciencia, consiguen así darles la figura que les conviene, empleando dichos objetos de la misma manera que nosotros nos servimos de nuestros instrumentos de hierro. Hemos dicho ya, que una coleccion de armas de piedra, hachas, cuñas, flechas, etc., del Canadá y de las islas Caribes, fué lo que en 1723 proporcionó á M. Lorenzo de Junieú el medio para la interpretacion de las pretendidas cerámicas ó piedras del rayo, y para conjeturar que nuestro continente habia sido habitado por salvajes. Sir Richard Owen ha dicho por su parte: «La analogía de las puntas de azagaya de Caithness (Escocia del Norte) con las de la América es tal, bajo el concepto de los materiales empleados, de la forma, del tamaño y del modo adoptado para hacer la punta y el asta, que no hay ó casi no hay diferencia alguna.» (Buchner, *El hombre segun la ciencia*, pág. 129.) M. Mariette Bey, al ver en Abydos, que los obreros de sus trabajos de investigacion se hacian

afeitar y rapar la cabeza con pedernales, y que los árabes de Aournoh le mostraban varias lanzas de beduinos armadas todavía de grosero pedernal, vino á colegir que la edad de piedra imperó bajo los Faraones, los griegos y los romanos, imperando igualmente bajo los árabes, y que en una cierta proporcion, dicha edad está imperando todavía en un gran número de lugares.

Es, pues, muy cierto que las piedras labradas, pulidas ó no pulidas, son á la vez prehistóricas, históricas y contemporáneas; que ellas son características de todas las edades de la humanidad, y que atestiguan con elocuencia á su manera la unidad de la especie humana. A pesar de ser contemporáneos, los esquimales no dejan de hallarse menos en la edad de piedra. (*Quatrefoages*, Revista de Ambos-Mundos, vol. LXXXVII, pág. 128). Testimonios de la unidad de especie humana, pero unos testimonios muy malos de su antigüedad, hé aquí lo que son en realidad los pedernales ó sílices.

Hay todavía otra cualidad ó particularidad de las obras humanas, de los restos humanos en general y de los pedernales en particular, que conviene hacer notar, dado que ella adullera ó aminora el testimonio de estos en favor de una antigüedad fabulosa. Dichas obras son á menudo dudosas en sí mismas, atendido que fueron fabricadas recientemente, y que son objeto de un comercio fraudulento. Tal falsedad estriba tambien en su posicion, atendido que fueron introducidas en depósitos de tal naturaleza que se les pudiese atribuir un origen más ó menos remoto. Vogt dice en sus *Vortessungen*, tom. IV, página 43: «Una vez el descubrimiento de Denise hubo preocupado la atencion pública, algunos impostores se aprovecharon de la ocasion para hacer de ello un objeto de especulacion. Muchas son las personas que poseen pedazos de piedra, en los cuales, segun se dice, las osamentas han sido adheridas simplemente por medio de yeso. M. Bravart dió aviso á la Sociedad geológica de haber si-

do sorprendido un obrero hábil en el acto de confeccionar uno de dichos pedazos.» No bien un descubrimiento ha tenido lugar, cuando ya los coleccionadores de antigüedades acuden de todas partes y hacen pujar los precios. Cuantos más aficionados se presentan, tanto más elevado es el precio, y más grande es la tentación de contrahacer los objetos hallados para obtener por tal medio cuantiosos beneficios. Así vemos que hoy los artifices no reparan en fabricar aquellos objetos mismos que se intenta descubrir. Dichos artifices inventan á las mil maravillas algunas cosas nuevas y extraordinarias. En Suiza, cuando las provisiones de objetos encontrados en las ciudades lacustres tocan á su término, los obreros las completan por medio de madera de ciervo en el estado bruto. M. Troyon, conservador del museo de Lansana, compró de buena fé una coleccion de esos objetos elaborados. (Reusch, *Biblia de la Naturaleza*, pág. 361).

Sobre las osamentas de la caverna ó grande gruta de Chaffaud, hánse encontrado algunos caracteres sanscritos, pero invertidos y tomados de un alfabeto que no principió á estar en uso hasta el siglo IX, mezclados con varios huesos de *Elephas primigenius*. M. Mallet que quiso mostrarlos de buena fé, ¿hubiera sido acaso victima de una mistificación ó bien se propuso engañar á los demás? (Mortillet, *Materiales*, tom. I, pág. 224). ¿Cuántas veces M. Mortillet ha exclamado en su periódico: «Los falsarios abundan! ¡Alerta! Cierta fabricante de objetos ante-históricos muy conocido, gran mistificador, va difundiendo falsedades al por menor por todas partes, sobre todo en las localidades del sud-oeste de Francia. Es muy ladino.» (Mortillet, tom. V, pág. 368). Y en otro lugar, dice: «Harto sabéis vosotros mejor que yo mismo, cuánto han embrollado la falsificación y el fraude la cuestion de los sílices elaborados.» (Tom. III, pág. 409). Los fraudes son comunes, muy comunes. «M. Leguay encontró, entre algunas piezas muy auténticas procedentes de Levallois-Perret, un

cuerno de rinoceronte, surcado de estrias practicadas con un instrumento de hierro, un diente de mamífero marino estriado de igual modo, y una costilla de *Halitherium* del mioceno de la Turena. (Tom. IV, pág. 405). En su bello libro *The Ancient Stone Implement*, pág. 575, M. John Evans, uno de los maestros en la materia, dice: «En todas partes en que la demanda de un artículo escende al abastecimiento, hácese instituciones fraudulentas, y á menudo con tanto éxito que llegan á pasar á las colecciones de ciertos aficionados codiciosos, pero incautos. Esto no tiene lugar con tanta frecuencia en Inglaterra como en Francia; sin embargo, he visto algunas falsificaciones de formas paleolíticas ejecutadas igualmente, ya por el famoso Flint Jack, ya por algunos prácticos más humildes del condado de Suffolk. Es notorio que en las inmediaciones de Saint-Acheul había algunos talleres de pedernales labrados.»—«Algunos osados canteros, dice finalmente M. Eugenio Robert, en una nota sobre el lecho de Prey-sur-Oise, recogieron algunas piedras labradas (del tipo de Saint-Acheul, en la superficie del suelo), y propusieron hacerlas falsas, no por especulacion como los trabajadores de terraplenes de Saint-Acheul, puesto que no querian recibir nada por ello, sino para obtener mi beneplácito... A ese propósito acaso se me agradecerá el advertir que en las colecciones de piedras labradas presentadas en el museo de historia natural (Galerías de Antropología y Geología) por MM. Boucher de Perthes y Lartet hay muchas falsas.»

Consignemos por último nuevamente, que dichas piedras se las halla en todas partes, en los depósitos de cascajo, en las cavernas, en las ciudades lacustres, en los dólmenes, en los sepulcros, etc. Los sílices labrados, encuéntranse las más de las veces revueltos con artefactos humanos mas recientes, históricos ó casi históricos, con fragmentos de objetos de alfarería ó vasos enteros, con

instrumentos de bronce ó de hierro, medallas, monedas, cuerpos sepultados por cremacion ó incineracion, y con cuerpos inhumados en una posición prolongada ó contraída, que son por cierto sejones ó romanos.

Pues bien, y este razonamiento es enteramente perentorio, lo que puede envejecer el objeto moderno no es de ningun modo el objeto antiguo; el objeto moderno es el que rejuvenece necesaria, invencible, absoluta y universalmente el objeto pretendido antiguo y el que le hace perder así toda su valía. Está, pues, demostrado hasta la evidencia que los pedernales labrados son realmente históricos, dado que ellos son contemporáneos de objetos ciertamente históricos. Este simple parangon, establecido desde el principio por M. Luzençon, al cual hemos citado más arriba, resuelve completamente la cuestion de la antigüedad del hombre.

Monumentos de piedra.—Dólmenes.—Son unas moles de rocas más ó menos planas, colocadas horizontalmente sobre un cierto número de piedras levantadas que le sirven de sostén. El general Faidherbe, que dice haber estudiado cinco ó seis mil dólmenes en Africa y Europa, afirma que estos son simplemente unos sepulcros y nada más que sepulcros, y obra de un solo y mismo pueblo. En su opinión, dicho pueblo dirigióse desde el norte al sud, era una raza rubia, de talla asaz elevada y de naturaleza dolicocefala. Segun el parecer de la mayoría de los arqueólogos del último Congreso de Bruselas, agosto de 1872, el pueblo de los dólmenes dirigióse, por el contrario, desde el sud al norte. Él fué sin duda testigo de la llegada del bronce y del fin de la vida salvaje, propiamente dicha; su antigüedad no es, pues, muy remota.

Menhirs ó piedras levantadas.—Son unas piedras altas y gruesas en bruto, hincadas en el suelo, algunas veces aisladas, y otras veces colocadas en línea recta ó circular. Hállanse debajo de ellas, ó á su pié puntas de flecha de primorosa labor, adornos de varias piedras, de hueso, de

ámbar y de bronce, cuya forma está esculpida sobre algunos objetos de piedra. Bajo el inmenso menhir del campo Dolent, que mide más de seis metros encima del suelo, háse encontrado una medalla de Adriano.

Alineamientos.—Se conocen por alineamientos unas séries paralelas, más ó menos numerosas, de menhir, monolitos ó piedras brutas levantadas de la época megalítica. En Carnac, en la Baja-Bretaña, véense dos alineamientos de 3 kilómetros de extension, en la direccion del este al oeste. Cerca de allí, en Medec, hay doce hileras de menhirs. El abate M. Collet descubrió en su base algunas huellas de carbon, de leña, cascos de sílice y tiestos de articulos de barro grosero, los mismos objetos que en los dólmenes. Los alineamientos vienen á ser, pues, unas lápidas sepulcrales. El sistema de sepultura á la sazón empleado era la incineracion, el cadáver era quemado aparte, y las cenizas eran depositadas luego al pié del menhir. Homero, cuyo relato remóntase al siglo ix antes de nuestra era, habla de un monumento semejante. El abate M. Collet no teme afirmar que los alineamientos de la Bretaña son menos antiguos y no van más allá de la época galo-romana.

Cromlechs. Hileras de menhirs más pequeños, que circuyen un menhir más elevado: asociacion numerosa de menhirs y de dólmenes, como los célebres *Ston-chänge* (piedras variables) de la llanura de Salisbury.

Temena. Recinto cuadrangular formado de un número de piedras ilimitado.

Lechaven. Recinto análogo al *temena*, pero circular.

Avenidas ó calles cubiertas. Corredores formados de menhirs ó piedras levantadas cubiertas de piedras planas.

Túmulo. Oteros artificiales de tierra acumulada; llámaselos igualmente *Lits de Geant* (Lechos de gigantes). «Amigo, dice uno de los héroes de Ossian, levántame un sepulcro formado de algunas gruesas piedras y de un monton de tierra, á fin de que cuando el viajero acierte á pasar, diga: Aquí yace un gigante.» El túmulo toma el

nombre de *galgal*, siempre que está compuesta de piedras pequeñas ó tejos. Es apellidado *Barrow* ó *Bout-barre*, cuando su forma es redonda ú oval; *Large*, cuando es oval prolongada, ó cuando tiene la forma de un medio huevo cortado segun su longitud y presto de plano; *Mallus*, cuando el otero servia de tribunal para administrar la justicia. La *Tombella* (tumulillo) es un túmulo de más pequeñas dimensiones. Hállanse en algunos túmulos logías, cavernas ó cámaras sepulcrales, á las cuales se llega por unos corredores ó pasillos, formados de gruesas piedras. Algunas veces los túmulos no encierran más que esqueletos ó cenizas. Empero, las más de las veces encuéntranse en ellos armas de piedra, de obsidiana, de piedra de Santiago, de serpentina, de bronce y de hierro, osamentos de perro, de caballo, de ciervo, dientes de jabali, etc. El héroe de Ossian dice todavía: «Fingal, no olvides colocar esta espada en mi angosta morada que deberás señalar con una piedra colosal.»

Los dólmenes y demás monumentos análogos son obra de algun pueblo de costumbres primitivas, que habitaban sobre las orillas de los rios y del mar; el mismo pueblo que en una época más inmediata á nosotros levantó parte de los grandes alineamientos y de los túmulos del oeste, debiendo ser al mismo tiempo un pueblo pastor, que vivia del producto de sus rebaños, de la caza y de la pesca. Era por fin un pueblo de hábiles alfareros, que sobresalia igualmente en el arte de labrar las piedras, con las cuales hacian algunas armas, ciertos adornos y varios instrumentos usuales. No aprendió hasta más tarde el uso del hierro y del oro. (Mortillet, *Matériaux*, tom. I, pág. 375).

Al paso que los monumentos de piedra de Dinamarca corresponden á la edad de piedra, los de la provincia de Constantina pertenecen á la edad de hierro. Los objetos encontrados demuestran que dichos monumentos no son muy anteriores á la era cristiana, y que algunos de ellos son aun posteriores á la misma. Parecen ser el he-

cho, no de una época, sino de una raza rebelde á toda transformacion, á toda absorcion por otras razas superiores.

Monumentos ciclópeos. Son unas moles informes y objetos amontonados de manera que ofrecen el aspecto de muros; son relativamente más recientes y obra de un pueblo casi histórico.

En la Biblia hácese mencion del túmulo ó Gálgal de Josué, en el cual encontráronse varios sílices de piedra, los sepulcros de Abraham y de muchos otros patriarcas. En realidad, todos los monumentos megalíticos que acabamos de describir, tienen su origen ó identificación en la Biblia; ellos vienen á afirmar la unidad de tronco y la aparición reciente del hombre sobre la tierra; son una protesta elocuente contra el poligenismo, por un lado, y por otro, contra la doctrina absurda de la antigüedad indefinida.

El primer *Menhir* fué ciertamente la piedra que Jacob puso debajo de su cabeza para dormir, al dirigirse hácia Haran. «Esta piedra que he levantado como un monumento, dice Jacob, se llamará la casa de Dios.» *Genesis*, cap. XXVIII, v. 22). El primer otero parece tambien remontarse á Jacob. Cuando Laban le alcanzó en el monte de Galaad para reclamar sus ídolos, Jacob en señal de alianza tomó una piedra, y despues de haberla erigido como un monumento, dijo á sus hermanos: Traed acá piedras; y habiendo recogido muchas juntas, hicieron un majano y comieron encima de él. Ni hay fuera de los Cromlechs, que no pueda reconocerse en los doce monumentos de piedra que Moisés levantó al pié del monte Sinai, antes de subir á su cumbre para recibir de manos de Dios las tablas de la ley, estos doce monumentos de piedra, en medio de las cuales habíase erigido un altar, y que llevaban los nombres de las doce tribus de Israel. (*Exodo*, cap. XXIV, v. 4). ¿No se encuentra en fin la ereccion de los dólmenes y de todos los monumentos de pie-